

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga, Fredy Rivera, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

DIRECTOR

Francisco Rhon Dávila
Director Ejecutivo CAAP

EDITOR

Juan Carlos Ribadeneira

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del Centro Andino de Acción Popular CAAP, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US \$ 18

ECUADOR: S/. 9.000

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US \$ 6

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR S/. 3.000

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-00173-B Quito, Ecuador

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

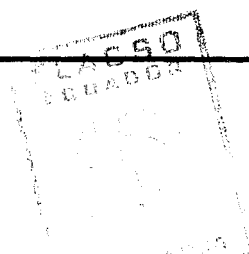
Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

RITM
3801

ECUADOR DEBATE

\$ 5,00

Quito-Ecuador, Diciembre de 1992



EDITORIAL

COYUNTURA

Los 100 días de Durán-Dahik 9 - 21

DIEGO CORNEJO

Crisis de Legitimidad y Legitimidad de la Crisis: Un Proyecto Social Ausente 23 - 45

JEANNETE SANCHEZ

TEMA CENTRAL

Impacto del Proceso de Ajuste Económico sobre la Reproducción Social del Ecuador en los años ochenta 49 - 62

SONIA RODAS Y JURGEN SCHULDT

Medidas del 3 de Septiembre / ¿Un Paquetazo Más? 63 - 71

GALO ABRIL OJEDA

El Ajuste Económico del Nuevo Gobierno 73 - 104

MARCO FLORES

Sobre el Nuevo Reajuste Económico: La Lógica Coherencia de una Irracionalidad 105 - 138

ALBERTO ACOSTA

Ajuste y Políticas Sociales en América Latina 139 - 167

ADOLFO FIGUEROA

1992-3-20

Japón Cuestiona el Enfoque del Banco Mundial sobre Ajuste Estructural 169 - 179

FONDO DE COOPERACION ECONOMICA DE ULTRAMAR

LIBROS

ANALISIS

Tenemos Crisis para Rato 187 - 223

HUMBERTO CAMPODONICO

Tecnología y Etica 225 - 234

JUAN CARLOS RIBADENEIRA

DEBATE AGRARIO

El Desarrollo Rural en Tiempos de Cólera 237 - 244

CARLOS BENITO

Los efectos del Ajuste en la Pequeña Producción Rural (El Caso de Costa Rica) 245 - 252

WILLIAM REUBEN, JOSE CAZANGA, SERGIO ROBEN

CRITICA BIBLIOGRAFICA

El "Sentido Común" de Blasco Peñaherrera 253 - 258

JOSE SANCHEZ-PARGA

BIBLIOTECA



TECNOLOGIA Y ETICA*

J.C. RIBADENEIRA

Es propio de las ideologías tecnológicas el que desaparezca la distinción entre tecnología y ética, para definir el futuro humano.

POR UNA RESERVA TECNOLÓGICA

El principal desafío al momento, es el de construir una reserva tecnológica adecuada que proponga soluciones de largo plazo en la producción de alimentos en nuestros países. Al respecto, en las últimas décadas, se han pronunciado dos actitudes globales: la una, que propone como opción central de cualquier estrategia de desarrollo, la necesidad de aprovechar del progreso científico y tecnológico del Norte; la otra por-

tadora de cierta contestación política que propone un retorno a las tecnologías tradicionales” de cada región, como contexto natural a toda postura desarrollista. Es en los límites de esta polaridad que se ha desarrollado el debate sobre la tecnología en nuestros países y es también este mismo escenario tensionado, el que ha marcado la frontera de las distintas experiencias prácticas sobre el tema. Han pasado ya años y los logros, sea de los “modernizantes” como de los “tradicionalistas”, son demasiado magros como

* Una primera versión de este artículo apareció en el libro "Investigación y Propagación de Especies Nativas en los Andes". Varios autores, CAAP, 1992.

para confirmar sus pretensiones de legitimidad. Lo que ha ido surgiendo más bien es, tras penosas y lentas aproximaciones con rigor empírico, la certidumbre de que el escenario tecnológico donde se despliega la producción agrícola campesina es variadísimo y por ende permeable a muchas interpretaciones; y es de cara a esta difícil realidad donde retos obvios como el de aumentar nuestras reservas tecnológicas adquieren una dimensión tan contundente, que lo obvio revela su complejidad intrínseca y provoca nuevos esfuerzos a la mirada científica. Sí, las nuevas tecnologías parecen ofrecer posibilidades espectaculares a la humanidad y podrían eliminar muchos obstáculos al desarrollo de nuestros países; pero sabemos también que toda esa inyectiva tecnológica no es necesariamente benigna, como lo demuestran sus aplicaciones militares o los mil efectos negativos sobre la biósfera. Queda también el problema de la desigual distribución de la capacidad científica, que inevitablemente reanuda viejas dependencias entre los países que no tienen control sobre las capacidades de la técnica.

El imperativo lanzado desde el nacimiento mismo de nuestros estados a conseguir control sobre la tecnología y la ciencia, en las actuales

condiciones, solo es posible pensarlo con la ayuda de otro dominio: el de la política.

En efecto, paralelamente a ese llamado algo cínico procedente del Norte industrializado para desarrollar nuestros recursos humanos y técnicos, a la par que salvaguardar el medio ambiente se yergue también la pretensión de los países ricos de conservar para sí todas las innovaciones realizadas. En efecto el Norte industrializado ha socavado el principio de que la ciencia es una herencia patrimonial que pertenece a toda la humanidad; la posición de los países industrializados en la Ronda Uruguay en relación a “aspectos de los derechos de propiedad intelectual relacionados con el comercio”, fue un clarísimo intento de consagrar la privatización del conocimiento surgido desde el control de los avances tecnológicos (sobre todo de las transnacionales), en base del nuevo sistema internacional de comercio. De ahí que, la disputa por la tecnología y la necesidad de constituir nuestra propia reserva, pasa necesariamente por la articulación gradual de una fuerza política desde los ámbitos locales hasta avanzar a los internacionales. Existen nuevas tecnologías que permiten proteger el medio ambiente físico, impedir la

erosión de los suelos, prevenir la desertificación y asegurar la reposición adecuada de los recursos naturales; es urgente que se expresen las poblaciones que por su miseria, se ven más directamente involucradas en el avance de estos problemas y sus efectos; es vital que los campesinos organizados en tanto productores de alimentos, de nuestros países, forcen a declarar estas tecnologías como bien político de la humanidad cuyos beneficios deben compartirse con equidad y cuya adquisición y uso masivo debe ser subvencionado por los países ricos.

De otro lado, la constitución de nuestra propia reserva tecnológica se enfrenta con otro problema básico: la crisis del sector rural en nuestros países. Sobre ella se ha escrito abundantemente enfatizando los aspectos sociales, históricos, culturales y hoy -con cierto reduccionismo nativista- los aspectos políticos del mundo rural. Pero la economía y la producción agraria han tenido tratamientos esporádicos, llevados a veces por excesos clasistas en la interpretación o, en otra polaridad, por el valor dado

a las ciencias agroeconómicas como cualidad sustancial de las políticas de desarrollo.

Pocos se han aventurado a admitir y tratar la "lógica andina" de la cultura tecnológica en nuestra región en un contexto que, la tecnología moderna y el capital, no han ofrecido respuestas integrales a la situación del pequeño productor.¹

Sin embargo, los problemas siguen en pie: ¿cuál es el futuro del campesinado en nuestros países? persistir como un sector residual en la producción, en el caso -muy probable- de que los modelos tecnológicos no sufran mayor variación? Convertirse en un sector semi artesanal o semi industrial, en el marco de una sociedad que amplía y redistribuye los espacios tecnológicos y productivos?.. o engrosar la masa de población mundial "superflua", colocada fuera de las tendencias productivas masivas?.

Toda posibilidad actual de desarrollo está limitada a efectuarse en el marco de una relación con los mer-

¹ En el caso concreto del CAAP, se cuenta con dos distanciados pero valiosos aportes: "Agricultura andina: propuesta de investigación" de Leonard Field y Manuel Chiriboga (CAAP, 1984) y del mismo Leonard Field, su trabajo "Sistemas agrícolas campesinos en la Sierra Norte" (CAAP, 1991).

cados mundiales abastecedores de materias primas, cada vez más difíciles de penetrar dadas sus restricciones y enorme competitividad. La articulación de las economías campesinas residuales al mercado mundial se vuelve cada vez más imposible, más determinada por realidades políticas cuya escala resulta inalcanzable para las poblaciones rurales. Para que la hipótesis del desarrollo -con una fuerte integración de las necesidades mayoritarias-, vuelva a ser posible en nuestros países habría que reeditar el paradigma de la producción industrial con basamento endógeno, pero al mismo tiempo, sólidamente integrada a la división internacional del trabajo y la producción, cuestión que se ve más imposible todavía. Los países industrializados no están interesados en este tipo de socio menor-competitivo, por razones de competitividad tecnológica, razones ambientales y geopolíticas, pues “no quieren otro Japón” (Hinkelamertt, 1990).

En este punto se abre una cuestión tan urgente como el problema que estamos tratando y que hace relación a los componentes éticos de cualquier modelo de optimización que seamos capaces de producir en nuestro contexto: a) dicho modelo debe ser formulado en el marco de

un país o de una región, cuyos vínculos con los poderes políticos y económicos del planeta es más que nunca desigual y canallesca, y b) tal modelo debería realizarse, a sabiendas de lo anterior, pero sin cerrarse a toda posibilidad cierta o medianamente cierta de concretar y materializar alternativas y esperanzas en el seno mismo del mundo de la pobreza.

Difícilmente podemos pedir a las poblaciones rurales del continente, interés en resolver las tensiones que atraviesan nuestros paradigmas de desarrollo: conciliar los objetivos globales de un “desarrollo nacional” -en el que por mucho tiempo aun se priorizarán las escalas macro y las estructuraciones ligadas con el movimiento de los sectores productivos que acumulan más valor, más información y más espacio productivo- con las urgencias emitidas desde la pobreza rural y urbana que si bien, no son en estricto sentido “objetivos de desarrollo”, son realidades que interpelan la condición y pertenencia social de esos posibles modelos, su definición política y su trasfondo ético.

Esta tensión todavía vigente, parece convocar de nuevo modo a las ciencias y a las voluntades políticas que

han decidido involucrarse en la búsqueda de nuevas realidades: si bien hay que admitir una sobre-ideologización del tema y la falta de coraje de las ciencias y de los científicos para formular políticamente el problema, hay que cuestionar también sobre la tendencia dominante a realizar aproximaciones parciales -probablemente fundadoras de nuevos campos teóricos-, pero cerradas a sí mismas y por ende, no traducibles al terreno de las preocupaciones inmediatas de grupos sociales que están más allá de cualquier formulación, por estar más acá del hambre.

La totalización del mercado no es solo el triunfo de un único totalitarismo económico: es una nueva dimensión de totalidad que reinterpreta la realidad. Es por ello que, sobre todo nuestras sociedades pobres, estamos irremediablemente convocados -como tarea de sobrevivencia- a producir una nueva totalidad crítica... y tal cosa no se logrará forzando uniones entre ciencias con vocación individualista, sino dando lugar a una contestación que renueve el sentido de totalidad perdida.

Parece ser que en la tecnología, la identidad está marcada por signos pequeños y de corto alcance que definen un "modo de hacer" respecto a

otro. Sin embargo, las limitaciones estructurales de un sistema de producción y conservación de recursos, vuelven también estructurales los límites de esa tecnología -con-identidad... y limitan la capacidad informadora de esa identidad sobre el conjunto de actividades sociales.

¿Es posible pensar en una tecnología -sin-identidad, pero con la capacidad de movilizar una utopía de dimensión social? En otras palabras, es posible para la tecnología -con-identidad (que parece ser la "andina"), generar más allá de los límites en que se encuentra un control sobre la tierra, los mercados agrícolas, los recursos productivos, similar al control generado por las macro tecnologías? ¿No implica esto la necesaria politización del problema, modificando la función de reproductores culturales que también tienen los recursos productivos, para hacer valer de ellos su sola cualidad productiva, en un país requerido urgentemente de medios de vida, además de identidad?

La brutal incorporación del campesinado a los mercados, la distorsión de sus sistemas socio productivos, la incertidumbre de sobrevivir... si la pobreza subsiste, asistiremos a una sola verdad: la presencia de sistemas

tecnoproduktivos a la defensiva, incapaces de incorporarse al reto de tomar las innovaciones tecnológicas disponibles. ¿Es posible y es lícito insistir en modelos de desarrollo u optimización de recursos, basándonos en los límites de tecnologías culturales, ricos en tradición pero no generalizables? O es que tal vez el desarrollo con impacto social es una mera elucubración y lo único posible es asegurar la sobrevivencia del mundo rural?

RESERVA TECNOLÓGICA CON RESERVA ÉTICA

Si la tecnología moderna no es más que control hegemónico de energía reservada, y si es bajo su dictamen que se reconstituyen los procesos productivos de la humanidad y se marginan y desechan, es importante plantearse, junto a la necesidad de constituir nuestra propia reserva tecnológica, la de profundizar nuestra reserva ética.

El único modo de liberarse del dominio de un poder político tan gigantesco como el que se yergue sobre el control monopólico del desarrollo tecnológico y científico, es el de permanecer sensibles a la dimensión ética, es decir, al hecho de que el dominio de la totalidad de la

historia es un atributo que no pertenece exclusivamente a las sociedades y tecnocivilizaciones modernas. El anuncio de la existencia de esta dimensión, es el pregón de un futuro que, fundado sobre sí mismo, no brota de las simples posibilidades tecnológicas y autentifica su trascendencia con el hecho de no ser el resultado o la proyección de posibilidades determinadas o simplemente latentes en la economía o en el desarrollo de la tecnología. La última palabra o la palabra del fin de la historia, no nos pertenece... continúa reservada al misterio.

Sin esta reserva ética y espiritual, la historia de las necesidades humanas parece siempre constreñida a aliarse con una instancia interna de esa misma historia (una nación, una étnia, una clase, una determinada sociedad, un uso tecnológico específico), atribuyendo a estos hechos, la función de constituirse en sujetos del conjunto de la historia, o de establecerse en únicos basamentos del poder político.

Es necesario no traicionar el futuro ético, como ha sucedido con frecuencia en el pasado, intentando adaptarlo al presente, confundiendo sus contenidos con las fuerzas o ideas dominantes del tiempo, ya se

trate de la ideología optimista del progreso tecnológico o el ideal político de la revolución permanente. Las promesas de una sociedad digna, humana y plena, con valores sociales como paz, reconciliación, justicia, no pueden identificarse directamente con ningún régimen político, ni económico, ni tecno-productivo: cada momento de la sociedad, considerado históricamente, es provisional (aunque no indiferente). Ni la acción, ni la especulación, pueden hacer presentes esas promesas. Esta carencia histórica, esta pobreza de futuro tangible que se cierne sobre nuestras sociedades, es en el fondo una riqueza: precisamente porque sabemos y tenemos menos que lo que saben y poseen las sociedades y las ideologías tecnológicas sobre el futuro, es que podemos resistir contra todo ocultamiento, contra toda ocupación anticipada de ese futuro.

Hoy, el futuro aparece como algo que es fruto de la planificación. Efectivamente, ante esta programación del futuro, la ética no puede intervenir con un mensaje que tome punto de referencia en un “más allá del mundo”, una trascendencia exterior, un espacio heterogéneo donde la ensañación y la fantasía tengan su asilo. La sociedad del fin de la historia, la sociedad del nuevo orden, nace

con una contradicción fundamental (es decir, que la funda): de una parte, gracias al pensamiento científico y técnico, esa sociedad aparece como capaz de producir su porvenir, de labrar su destino: el futuro será inevitablemente el resultado de los cálculos presentes; de otra parte, el dominio de la razón tecnológica sobre el futuro puede producir como resultado, la destrucción biológica, la instrumentalización de todas las energías minerales, la programación de toda actividad, la sofocación del ensueño, la coacción irresistible y sin alternativas, la desaparición de toda resistencia... la sociedad del nuevo orden, de donde proceden las mayores exigencias y los más furibundos llamados para que los países pobres “se desarrollen”, es una sociedad atravesada por una contradicción insalvable: la contradicción entre la intencionalidad del proceso histórico y los resultados obtenidos hasta el presente.

El tecnologismo constituye una verdadera doctrina que se oculta bajo las apariencias de una crítica a la gestión política, en cuanto dominada por las ideologías tradicionales, y aparenta ser la expresión clara de las fuerzas inmanentes al progreso científico-técnico. Merced a la vio-

lencia que le es propia al proceso de tecnologización de la vida, idénticas represiones plasman y oprimen a idénticas mayorías en el norte y en el sur: los pobres, los campesinos, los parias, los viejos, los enfermos, los contemplativos, porque no tienen capacidad de rendimiento. Aun cuando las ideologías justicialistas no abandonen el sentido de la historia como principio, (cuestión contraria a la doctrina del mercado total), ambas corrientes están de acuerdo en criticar toda determinación “idealista” o “religiosa” de la totalidad, partiendo de un prejuicio antropocéntrico común: el hombre concebido como sujeto de dominio de la naturaleza.

De ahí que otras determinaciones antropológicas como la cultura, la alegría, el juego, el dolor, la espiritualidad, no representen sino un papel secundario y derivado. La interpretación de la historia como reserva ética de sentido, en cambio, insiste en la dignidad radical de estas determinaciones antropológicas y critica toda noción de emancipación basada unilateralmente en el dominio del hombre sobre la naturaleza. No se crea con esto que intentamos colocar la discusión fuera del campo inaugurado por la problemática de la ilustración; nos negamos a argumen-

tar políticamente la doble moral de la tecnología, partiendo del concepto de “nueva naturaleza” de matriz Roussoniana; lo que deseamos es más bien liberar la noción de tecnología de su unilateralidad.

Es propio de las doctrinas tecnocráticas el intentar que desaparezca la distinción entre tecnología y política, para determinar el futuro humano a partir de la fuerza objetiva inmanente al desarrollo técnico.

Esta es una pretensión científicamente ilegítima. Nos apoyamos aquí en la crítica de la ciencia y la técnica como “ideologías” debida a Habermas (Véase, “Ciencia y técnica como ideología” en “Marx y el pensamiento científico contemporáneo” París-La Haye, 1969): en el cuadro del capitalismo tardío, el desarrollo de la técnica se une tan estrechamente con el desarrollo de la ciencia, que ciencia y técnica se convierten en la principal fuerza productiva. Al funcionar como ideologías inspiradoras de una política, ciencia y técnica reemplazan a las antiguas ideologías y se apoderan de las conciencias cotidianas, despolitizándolas: todo debe estar sometido a la aparente fuerza inmanente de la racionalidad. Esta es la base de la

moderna corriente que proclama la muerte de las ideologías.

La tecnocracia no es una especie de “moderador” universal que puede reducir progresivamente los sistemas políticos a la impotencia, en la medida en que fueran atacados por ideologías irracionales. En realidad, la misma tecnocracia, para imponer sus fines, debe contar con la mediación de los individuos y de los grupos para hacer aceptar esa “fuerza de las cosas” que constituye su evidencia. En otras palabras, la tecnocracia debe actuar en la escena política, lejos de sancionar su eutanasia. Si la “racionalidad tecnológica” se convierte en “irracionalismo disfrazado”, es decir, si las teorías científicas sobre la planificación tecnológica pretendieran suscitar la impresión de que ellas podrían, por lo menos en nuestras actuales circunstancias, llegar a una determinación crítica adecuada a la práctica social, deberán desnudarse y reconocer la importancia del dominio de lo político como ámbito en el cual, toda decisión sobre la praxis social y sus posibilidades, pasa por la confrontación de los intereses reales de la sociedad. Es este el punto de partida para conseguir esa “reserva ética”, es decir, reserva de sentido, que afronte desde nuestros países y contextos de mise-

ria, el reto de construir una reserva tecnológica adecuada. Ese ámbito de recuperación ética, no es otro que el ámbito de lo político: y rehabilitar lo político como ámbito donde se construye la libertad de combatir contra los condicionamientos de un futuro humano condenado por las diferencias y marginaciones de la tecnología, es combatir por la libertad del hombre y la paz universal.

Es en este contexto que debe intervenir de modo fructífero la memoria tecnológica, cultural y ética de nuestros pueblos, memoria que se vuelca en las sociedades “post-históricas” de occidente, replanteando el sentido del progreso y de sus medios científicos y técnicos. Esta formidable “crítica ética” que pueden y deben realizar nuestras sociedades y nuestros pueblos a la modernidad, debe articularse históricamente con la crítica política que se hace de la sociedad actual y que procede de corrientes humanas diversas; solo así el valor de nuestras culturas tecnológicas “tradicionales”, en lugar de intervenir desde el exterior de la sociedad -a modo de una ideología totalitaria o de una contestación mesiánica-, se interiorizará y adquirirá dimensión histórica concreta, volviéndose una fuente permanente

de reencuentro ético. La crítica ética que nuestros pueblos pueden y deben hacer a la modernidad tecnológica, debe jugar el rol de medio de intervención de la esperanza y no considerarse como un nuevo campo de aplicación de imperativos formulados por cualquier dogmática. Esta ética política debe prohibirse instrumentalizar las representaciones de un futuro digno y pleno, interpretándolas como directrices de una acción

política directa e inmediata. Una conversión inmediata de esta ética, en instrumento de orientación política, encierra el peligro de idealizar pura y simplemente la política y de destruir sus basamentos morales. Construir pues reserva tecnológica, significa, desde el punto de vista que sostenemos, readecuar inevitablemente el papel de la política, como la forma más elaborada de una ética colectiva nueva y actuante.

Revista Alternativa

Centro de Investigaciones **CIUDAD**

Publicación dedicada al análisis de los problemas urbanos, los movimientos sociales ciudadanos y las diversas posturas que expresan. Dedicada parte de sus contenidos a la discusión de temas propuestos desde las organizaciones barriales o surgidos desde la gestión Municipal en Quito

